

Descubrir lo espiritual; A Yi, narrador chino

Siempre me ha fascinado la literatura latinoamericana. Me alegro mucho de ver la presencia de tantos escritores distinguidos de América Latina. Este es un momento sagrado, una mañana sagrada para mí. En las últimas dos décadas, he visitado América Latina en dos formas, una es leer. He leído casi todas las obras de Borges y García Márquez, así como sus biografías y entrevistas, también he leído las obras de Juan Rulfo, Cortázar, Vargas Llosa, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Roberto Bolaño, Alejandro Zambra, Samantha Schweblin, Guillermo Martínez. He leído con gran interés las obras de los presentes que han sido traducidas al chino, como la magnífica *Venta de Ilusiones*, de Diego Muñoz Valenzuela.

Por lo que sé, todos tienen seguidores en China. Mis lectura y escritura están tan influenciadas por la literatura latinoamericana que es imposible eliminar los elementos literarios latinoamericanos de mis obras. Una persona trató de desanimarme diciendo: "Sólo eres un discípulo de Juan Rulfo y García Márquez, el discípulo de algunos escritores chinos pioneros en los años 60". No sabía que me alegraba oír eso, la razón por la que escribía con tanto ahínco era para sumarme a esta herencia literaria. He heredado tanto China como América Latina, tanto el siglo XX como la Edad Antigua.

Otra forma es a pie. He visitado América Latina dos veces a pie, la primera vez visité la Feria del Libro de Buenos Aires como miembro de una delegación encabezada por la Asociación de Escritores Chinos, y la segunda vez me uní a un proyecto lanzado por el señor Sun Xiantang, el "Programa de Residencia de Escritores Chinos en América Latina" y pasé un mes en Argentina y Chile. Visité la biblioteca y los cafés que Borges visitaba, la casa donde Neruda grabó el nombre de su amada, y conocí a muchos compañeros y seguidores fieles de la literatura de Sudamérica en el Hotel Neruda, el PEN Club de Chile y las universidades locales. Recordar estas escenas todavía me conmociona.

Cuando se habla de "fuentes de creación literaria", hay que mencionar el famoso "Boom latinoamericano". Hay muchas interpretaciones al respecto, y estoy seguro de que ustedes saben más que yo. Según la información que tengo y mi propio juicio, creo que su fuente es "la tierra + los tiempos". América Latina tiene una tierra mágica, la fuente de la pasión y la imaginación de la gente. En cuanto a los tiempos, como dijo una vez Diego Muñoz Valenzuela, su país, Chile, como muchos países de la región, pasó por un período oscuro no hace mucho tiempo. Una tierra llena de pasión y de fuerza asombrosa, combinada con una situación compleja y cambiante, dio lugar a la literatura latinoamericana, y al Boom, y al post-Boom, después del Boom. También creo que "tierra + tiempos" es igual a "sociedad". Y la "sociedad" es el objeto más básico, si no el único, de la representación desde el comienzo de la ficción. No hay novela que no represente la sociedad.

Pero las cosas cambiaron en el siglo XX. No sé cuán agradecido estoy -como lector y como escritor- por el siglo XX, porque aceptó con su generosidad las encarnaciones activas, pasivas, intencionadas y no intencionadas de la literatura. Aceptó toda la experimentación, todas las novedades. Fue el siglo XX el que hizo brillar el realismo mágico, la nueva novela, el existencialismo, la corriente de conciencia, el surrealismo, así como el humor negro, y estableció su lugar

permanente en la historia de la literatura. Y uno de ellos me ha inspirado especialmente, que se puede resumir con un juicio del escritor francés André Maurois: "Mientras que muchos autores se contentan con explotar las "vetas" conocidas, Proust encuentra nuevos "yacimientos"; Balzac y su Comedia Humana retrata un panorama de la sociedad, Proust sitúa el espíritu humano en el centro del cielo y la tierra; el objetivo de la novela pasa a ser describir un mundo reflejado y distorsionado por el espíritu".

Esto es similar a la opinión del crítico japonés Hideo Kobayashi. Cree que la mayoría de los novelistas realistas no escriben novelas, sino que son escritos por novelas, es decir, los novelistas sí son capaces de describir la llamada vida social objetiva y objetivada, pero son incapaces de hacerla genuina. Una salida, como señala Kobayashi, es escribir obras "autobiográficas espirituales".

Me llamó la atención esta forma de ficción, que ya no tiene como objeto a la sociedad, y también estaba dispuesto a dedicarme a ella, porque durante al menos cuatro años no sabía qué quería escribir, o qué sería mejor escribir. En ese momento sentí que ya no tenía ningún afecto por los personajes ficticios e inventados, escribí una novela como si tratara de redactar un documento oficial o un informe, sin afecto ni pasión, e incluso llegué a aburrirme. No fue hasta que terminé de leer "En busca del tiempo perdido" de Proust y "Ulises" de James Joyce que encontré una solución, que fue volver a mi propia experiencia espiritual. Entonces, cuando lo intenté, me enamoré de este nuevo modo de creación. Porque me siento libre.

Si me preguntan hoy cuál es la fuente de mi creación, mi respuesta es: yo mismo. Y el mundo que está envuelto, disuelto y tragado por mí mismo, o sea, todo lo que he vivido. Admito que ahora ya no puedo inventar excelentemente un personaje inexistente, un espacio inexistente, un acontecimiento inexistente o una sociedad inexistente; todo lo que escribo tiene que ser algo que haya existido o algo disuelto por mi espíritu o mi conciencia.